



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 7 DE JULIO DE 2024

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

La antorcha oscurecida

El cansancio hizo de las mías en mi mente y una sombra me cubrió. Les dejo dos cuentos de mi hijo. (Olga de León G.)

NO ERES QUIEN ESPERAMOS

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Marqué desde el teléfono fijo. "Necesito dos asientos en un vuelo a Jerusalén", le dije en inglés a la mujer. "Claro, mi vida, dame un segundo", respondió ella en español, del otro lado de la línea. Supo, por mi acento, que hablaba español. Yo hubiera jurado que se trataba de una dominicana o puertorriqueña. "¿Solo de ida, amor?". Respondí afirmativamente y volví a dejarme en espera en el teléfono, con un jazz lento, típico de un bar de lujo, con iluminación a media luz. Yo observaba en mi departamento, mientras tanto, mi propio escritorio en bilaminado de melamina, color blanco. Encima de él: la computadora. Conjunto que había comprado en una tienda frente al río cuatro meses antes. "Cariño, tengo dos tiquetes de ida por 1,274 dólares, incluyendo taxes", me dijo ella. "Me interesan". "¿Vas a comprarlos por teléfono o quieres venir conmigo, tesorito?". "¿Puedo pagar en efectivo?". "Claro, dulzura, aquí te espero. Te doy la dirección". Jalé una hoja de papel de la bandeja de la impresora y apunté con tinta azul. "¿Me podría decir cómo llegar?", terminé diciéndole y ella dictándome sus instrucciones.

Quince minutos más tarde, cerré la puerta del departamento y me dirigí a la parada del camión. Esperé cinco minutos y subí al bus. Bajé en la estación de metro más cercana. Transbordé a la línea que me llevaría a Roxbury. Al descender del tren sentí un golpe de nicotina en los pulmones. Por entre las paredes agrietadas de concreto se colaba agua. Noté que los anuncios luminosos de la estación eran como si invitaran a cometer un crimen. Estaba adentro de un edificio en obra negra, oliendo a cemento fresco y varilla. Aquello parecía la sala de espera para ingresar en el infierno.

Descendí escaleras que parecían un pantano formado con plastas de concreto fresco. Alcancé a escuchar el rechinar de las ruedas metálicas del tren sobre las vías, alejándose detrás de mí, abandonándome a mi suerte, como si fuera yo el personaje de una película inspirada en algún libro de Stephen King. Del techo colgaba la intermitencia eléctrica de los candiles que encendían y se apagaban. Con el tufo del tabaco en mis pulmones, me pregunté: ¿habrá alguien más aquí? Ya no distinguía más que diez metros adelante. A lo lejos, vi un túnel de donde salía humo negro, denso. Un escenario que comenzó a cosechar temblores en mis piernas. No sabía si seguir... o regresar de inmediato por donde había llegado.

Seguí adelante dando unos cuantos pasos cuando de pronto, del fondo del túnel, apareció una figura humana. Un ser que parecía un niño africano, de poco más de un metro de altura, pero que caminaba con la seguridad de un adulto. Venía hacia mí. Poco a poco lo distinguí hasta que descubrí que, efectivamente era un adulto: un pigmeo caminando hasta encontrarme. Atrás de él, otro hombre meneaba un palo grueso, dentro de una hoyo, mientras la hoja se calentaba sobre troncos encendidos. Más atrás,



había una choza construida a partir de ramas gruesas de árbol. Todo aquello: adentro de la estación de metro, como si la estación fuese un bosque del África central.

Algo dijo el pigmeo mientras se encontraba a tres metros de mí; pero no le entendí. Me detuve congelado por el miedo. La temperatura ambiente esa tarde de verano superaba los cuarenta grados centígrados. Podía sentir la humedad del ambiente por la cercanía del mar.

El pigmeo se colocó frente a mí. Me quedé quieto. Metió su mano en mi entrepierna. Algo dijo y seguí sin entender. Hablaba una lengua extraña. Volvió a tocarme y me dijo en inglés, luego en español: "¿puedo chuparte?".

Aterrorizado, giré ciento ochenta grados y me alejé de la escena por donde había llegado. Subí las escaleras de prisa y escuché el rechinar de los vagones del metro. Vi el grupo de vagones acercarse. ¿Qué había sido aquello? No estaba listo para entenderlo.

Subí al primer carro de tren que pude. Se cerró la puerta y vi desde adentro a varios pigmeos que me observaban en la plataforma de la estación. El metro comenzó a alejarse. Traté de recordar la estación en la que había abordado el tren por primera vez. Busqué en la tira impresa de estaciones colocada encima de una ventana. Finalmente recordé el camino por dónde había llegado.

Dos horas más tarde entré de regreso en mi departamento, sin los boletos de avión. Desistí de realizar el viaje. Luego de tranquilizarme, decidí ir a meterme a una agencia de viajes en el Square y compré dos boletos para venir a Londres. Nunca realicé el viaje a Jerusalén y me sentí a salvo, fuera de alguna trama de Stephen King digna del Nobel de Literatura.

EL HOMBRE QUE ENTRÓ

EN LA JAULA DEL TIGRE

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Algunos dijeron que estaba drogado; otros, que había perdido una apuesta; algunos más, que creyó que el Tigre estaba enfermo y quiso curarlo; los menos: que el hombre quiso suicidarse.

Fue la tarde del 12 de abril del presente, en el zoológico Botta de París,

construido por arquitectos egresados de la ETSAB de Barcelona que proyectaron lo que ellos definieron sería una especie de asilo para animales. Se trataba de un octágono que recordaba la planta de la Iglesia de San Vitale en Rávena, con arquerías de planta semicircular desde donde la gente podía admirar a los residentes. El atrio central tenía una jaula enorme que albergaba al tigre, el cual disfrutaba de vista circular hacia todas las direcciones, pero cuya posición favorita de descanso siempre era mirando a la capilla mayor, destinada para la alabanza animal. Desde afuera, en la entrada del lugar, había un triángulo cubierto por un vidrio oscuro que le otorgaba cierto erotismo al zoológico, influencia del arquitecto Mario Botta.

Yo fui testigo de lo que sucedió. El hombre llegó diciendo que él era el dueño del tigre. "¿Pero si yo soy su domador!", le respondió. No hizo caso. "Quítate que ahí te voy, porque voy a ponerle unos catorrazos a este tigre desobediente", me dijo. "Pero, señor, tenga cuidado", le respondí, "es un animal muy peligroso. No es un gatito". El hombre ni escuchó. Me ordenó que le entregara la llave de la jaula.

"Espéreme, por favor, déjeme le preparo al tigre". "¿Qué quiere hacer?", me preguntó. "Primero que nada, debo meter a la jaula a la tigresa, para que el tigre tenga sexo y se relaje". "Está usted zafado", me dijo el hombre de manera soberbia, "no entiende con quién está hablando, soy el 'todas puede' de esta región". Y entonces el hombre comenzó a mirar sobre mi cintura, buscando el llavero para arrancármelo y abrir.

"Usted no me está entendiendo", le dije otra vez, "ese animalito es muy peligroso, incluso para mí. Hay que prepararlo antes de entrar en su jaula". "Pero ¿cómo cree que voy a esperar a que ese tigre tenga sexo? Si vengo a castigarlo por mal educado". "Señor, esos animalitos no entienden de buenos modales, no nacieron con la capacidad para entender las reglas sociales que los humanos hemos creado".

"Además, hay que darle de comer al tigre", continué diciéndole. "¿Es usted tonto?", me preguntó el hombre, "si le da de comer se va a quedar dormido y no va

a estar consciente de la chinga que le voy a meter. Ese animal debe estar muy despierto para que aprenda la lección que vengo a enseñarle". "Señor", comencé a decirle nuevamente, "tenga piedad de usted mismo, por favor. Hay que darle de comer los suficiente para que efectivamente se queda dormido, y así pueda usted entrar a la jaula sin correr peligro".

"A ver, enséñeme dónde está la jaula", me dijo el hombre. Entonces lo hice rodear el zoológico hasta que estuvimos en la puerta que daba al atrio. Abrimos y cruzamos el umbral. Y ahí encontramos al tigre, majestuoso e imponente, midiendo una longitud de casi cuatro metros, con una altura de más de un metro, pesando 300 kilogramos. Con dientes fuertes y largos, de 7.5 centímetros. Amarillo con rayas negras, en un diseño único que la naturaleza le dio para dotarlo de una identidad. Un animal capaz de correr a 90 kilómetros por hora en la selva; que puede nadar y capturar presas en el agua e incluso ver claramente en la oscuridad.

Daba vueltas en la jaula de un lado a otro. Se quedó quieto al vernos, para luego soltar un rugido, como diciéndome, "Domador, tráeme de comer porque tengo hambre".

"Ya vio lo imponente que es ese animal", le dije al hombre. "No tienes idea de quién soy yo", me dijo el hombre. Entonces, realmente me di cuenta de que tal vez, yo no estaba prestándole atención al señor. Había algo en él que no estaba reconociendo. ¿Sería un domador de tigres encubierto? En fin, eso pensé en ese momento. Ya le había advertido mucho al hombre. "¡Ábreme!", me dijo, "o hago que te despidan".

"Una última cosa", le dije al hombre. "Si ve que el tigre se le viene encima, usted agarre mierda y úntesela sobre sí mismo, eso disuadirá al tigre de atacarlo". "¿Y de dónde crees que voy a sacar mierda?", dijo el tipo enfurecido. "Usted estire el brazo y métase la mano detrás, ahí estará", le respondí dándole las llaves.

El hombre entró en la jaula y no tuvo chance ni de estirar el brazo. Ahí quedaron sus restos: algunos en el estómago del animalito y otros dentro de la jaula.



Johanna Spyri

Johanna Spyri es la escritora suiza más leída y traducida de la historia. En su haber se encuentran 50 obras literarias, de las cuales 32 fueron cuentos infantiles. Una producción notablemente cuantiosa teniendo en cuenta que comenzó su producción literaria a los 44 años.

La escritora nació en 1827 en la aldea de Hirzel, en las montañas, a unos 11 kilómetros de Zúrich. Se crio en la falda de una colina, entre árboles frutales, senderos y riachuelos. Ya de niña mostró una gran sensibilidad por las artes, las aves y las flores, algo que pudo haber heredado de su madre, la poetisa mística Meta Heusser. De hecho, aprendió a tocar el piano y el arpa durante su formación académica, que comenzó en su poblado pero que terminó desarrollándose en Zúrich.

Su vida dio un giro cuando conoció al estudiante de Derecho Bernard Spyri, amigo de su hermano Theodor. Los jóvenes se enamoraron y se casaron, con lo que Johanna se trasladó definitivamente a vivir a Zúrich, algo que le afectó tremendamente. Johanna cayó en una depresión como resultado de la soledad que sentía, ya que su marido tenía diversas responsabilidades laborales, y por la nostalgia de la naturaleza de su lugar de origen.

Se cuenta que Johanna Spyri logró superar la depresión en la que cayó tras el nacimiento de su hijo Bernard, quien siendo adolescente siguió los pasos de su madre aprendiendo a tocar el piano. Es en aquel entonces cuando se decide a comenzar a escribir con la intención de recaudar fondos para Cruz Roja Internacional. El primer libro que publicó, firmando con las siglas J.S., fue 'Una hoja en la tumba de Vrony' en el año 1871.

No obstante, un año antes, Johanna había comenzado a dar vida al relato de una niña huérfana que vivía en las montañas con su abuelo. En aquel momento se estaba desarrollando la guerra franco-prusiana y la autora quiso entretener a su hijo trayendo al presente algunos de sus recuerdos de infancia. Fue así como nació 'Heidi'. De hecho, hay muchos paralelismos entre el personaje y su creadora, como el lugar en el que ella nació y donde se trasladó la niña, el amor de ambas por la naturaleza y los animales, especialmente las aves (recordemos que Heidi tiene una como mascota a la que llama Píchi) y la depresión que sufrieron ambas al trasladarse a la ciudad y vivir alejadas del mundo natural.

La vida volvió a golpear fuerte a Johanna Spyri cuando en 1884 mueren tanto su hijo como su marido. Tenía 57 años y decidió mudarse de casa, trasladarse a un lugar más céntrico en Zúrich, y seguir escribiendo cuentos infantiles en compañía de una de sus sobrinas, que se fue a vivir con ella para que no estuviese tan sola. De hecho, entre los años 1886 y 1901 escribió 48 cuentos, algo que la dejó agotada y que la llevó a un retiro con el que recorrió los Alpes suizos y el norte de Italia. Falleció en Zúrich el 7 de julio de 1901 a los 74 años.

ad pédem literae

En su lucha contra el individuo, la sociedad tiene tres armas: ley, opinión pública y conciencia

William Somerset Maugham

Letras de buen humor

Cuando quiero que un asunto no se resuelva lo encomiendo a un comité

Napoleón Bonaparte

Javier García-Galiano

Un crítico de Kafka

"Nunca le oí comentarios irrespetuosos sobre los grandes, nunca empleó el método del bluff, tan del gusto al uso en nuestros días, típico del desdén petulante que pone de relieve la juventud o adolescencia efectista", escribió Max Brod al recordar a su amigo Franz Kafka. Refería que "veía, además, rasgos aislados dignos de admiración en hombres que merecían el descrédito general. Y en grandes hombres, que él mismo admiraba, encontraba detalles ridículos. Pero jamás tuvo una intención peyorativa al hacer resaltar la hilaridad de esos rasgos aislados; más bien un llanto suave que lo lamentaba o la demostración de algo inasequible, de algo que escapara a nuestra inteligencia terrenal. El afecto con el que pensaba en Goethe y Flaubert se mantuvo inmutable durante los 22 años que estuve cerca de él. De algunos autores (como Hebbel y Grillparzer), más que la obra, Kafka prefería los diarios; al menos, eso me parecía".

Algo de esos juicios se han preservado en sus cuadernos de diario, en los que Kafka no sólo comenta lecturas de Goethe, de Von Kleist, de Hauptmann, de "las narraciones de Wilhelm Schäfer, leídas sobre todo en alta voz, las leo con el mismo placer atento con que me haría

pasar por la lengua un trozo de hilo. Ayer por la tarde me resultaba al principio algo difícil soportar a Valli, pero cuando le presté El desdichado y ella lo leyó un poco y debió estar realmente bajo la influencia del relato, yo la amé por esta influencia y la acaricé".

También pueden descubrirse apuntes sugerentes, ideas como las que Novalis consideraba "granos de polen", esbozos de ensayos como lo que nombró Esquemas sobre las características de las literaturas menores, su debilidad por las listas.

Sin miedo al pudor, con la libertad natural que confiere la soledad, aunque se confiesa que le lee de ellos a su amigo Max Brod, en esos cuadernos también ejercía una crítica rigurosa, contundente, implacable de sus escritos como, por ejemplo, "la amargura que sentí anoche cuando, en casa de Baum, Max leyó mi pequeña narración del automóvil. Me había encerrado en el mismo frente a todos y frente a la narración, con la barbilla clavada literalmente en el pecho. Las frases desordenadas de esta historia, con unas lagunas en las que uno podría meter las dos manos; una frase suena aguda, otra suena grave, al gárete; una frase se roza con la otra, como la lengua



con un diente cariado o mal colocado; una frase se nos viene encima con un arranque tan brutal que todo el cuento se hunde en un asombro mal dispuesto; una somnolienta imitación de Max (reproches reprimidos-alentados) avanza oscilante; a veces parece un curso de baile en su primer cuarto de hora. Me doy a mí mismo la explicación de que tengo demasiado poco tiempo y tranquilidad para extraer de mí, en su totalidad, las posibilidades de mi talento. De ahí que únicamente salgan a la luz unos esbozos inconexos que llenan, por ejemplo, todo el cuento del automóvil. Si alguna vez

lograra acabar un todo de proporciones mayores, bien estructurado de principio a fin, entonces el relato nunca podría desprenderse definitivamente de mí, y yo podría oír su lectura tranquilo y con los ojos abiertos, como el consanguineo de una narración llena de salud, pero ahora cada pedazo de la historia deambula sin patria y me empuja en la dirección opuesta —y aún puedo por darme por satisfecho si esta explicación es cierta."

Y, sin embargo, Kafka sabía que los críticos más certeros de su escritura podían ser sus personajes, como los de El Proceso, que juzgan "Ante la ley".